

## COSECHA ABUNDANTE DE REGIMENES MILITARES EN AFRICA

Treinta y una naciones, de las cuales veintinueve alcanzaron la independencia desde 1956, comprenden el Africa negra, que va desde el desierto del Sahara, por el norte, hasta el Africa del Sur, de dominio blanco, por el lado opuesto.

Entre ellas, el régimen de un solo partido impera en diecinueve países; en la mayoría de estos países los partidos de la oposición son ilegales, a la vez que son, por lo general, ineficaces y débiles, y en algunos casos los jefes de la oposición han sido detenidos. Las dictaduras, civiles o militares, imponen un sistema rígido en diez países cuyos dirigentes van—o han ido—desde el depuesto Kwame Nkrumah, de Ghana, al emperador Haile Selassie, de Etiopía. La democracia, en la cual un partido de la oposición puede expresar sus opiniones libremente, parece encontrarse funcionando únicamente en Uganda (donde con posterioridad a la llegada de este artículo se han producido acontecimientos que apuntan por lo menos hacia la existencia de una situación considerablemente alterada—*N. de la R.*—) y en la República de la Somalía.

Desde el comienzo de la realización de la independencia del Africa negra, hace una década, el Sudán, Kenia, Uganda, Tanzania y Togo pasaron por alzamientos y sublevaciones militares, algunos triunfantes y otros no. Ha habido también cambios revolucionarios en la República Congoleesa, gobernada desde Brazzaville, y en Zanzíbar (ahora parte de Tanzania). En Gabón, Kenia, Tanganika y Uganda las revueltas militares fracasaron sólo por razón de la intervención de Francia o la Gran Bretaña.

A la culminación del período de 1956-1966, las fuerzas militares se encontraban en el Poder en seis países africanos. En Nigeria, los políticos, a la greña entre sí, perdieron la partida al imponerse un régimen militar el 16

de enero de 1966, al cabo de un período de mucha agitación y desorden que culminó en el amotinamiento de un sector del Ejército. En el Congo, con una situación caótica desde la independencia, hace seis años, los políticos perdieron la partida para ser ganada por el comandante militar por segunda vez. En el Alto Volta, Dahomey y la República Central Africana, los soldados dieron también la patada a los gobernantes civiles. A continuación vino la dramática caída de Nwame Nkrumah, cuando estaba ausente del país, también obra militar. Ghana había sido el primero de los Estados negros subsaharianos que había alcanzado la independencia.

### *Golpes fulminantes.*

Más concretamente, los dirigentes militares, como quien marcha a su paso de carga, se hicieron con el Poder en el Congo el 25 de noviembre de 1965; en Dahomey, el 22 de diciembre siguiente; en la República Central Africana, el 1 de enero de 1966; en el Alto Volta, el 4 de enero; en Nigeria, el 16 de enero, y en Ghana, el 24 de febrero.

Aun cuando las circunstancias varían en cierto modo al pasar de un país a otro, ha habido una causa que ha contribuido a todos los cambios que se han producido: una espantosa pobreza<sup>1</sup>.

### *Las causas.*

Durante largos años estos países africanos vivieron bajo un régimen colonial, y las masas siempre podían echar la culpa de sus males a las nacio-

---

<sup>1</sup> Coss, Tim: «Africa; New Leaders and Old Problems», *American Observer*, XXXV, 27; 18 abril 1966, 1-3; «How Democracy Is Working Out in Black Africa», *U. S. News and World Report*, LX, 5; 31 enero 1966, 69-71; GREEN, Fred: «Africa Report», XI, 2; febrero 1966, *The Military Seize Power*, 1-16; «The Second Revolution», *Time*, LXXXVII, 10; 11 marzo 1966, 31-32; «As Generals Take Over - A Look at Military Rule», *U. S. News and World Report*, LX, 11; 14 marzo 1966, 54-57; Coss, Tim: «Democracy Bows Out in Nigeria», *American Observer*, XXXV, 7; 28 febrero 1966, 6-7; SHEARER, Lloyd: «Dictators Run Most of the World», *Parade*, 13 marzo 1966, 4-5; GARRISON, Lloyd: «African Armies Move in When Politicians Fail», *The New York Times*, 2 enero 1966; FOELL, Earl W.: «Military Coups Put U. N. Africans on Edge», *Christian Science Monitor*, 20 enero 1966; MATTHEWS, Ronald: «Forecast for Africa: More Coups», *The New York Times Magazine*, 21 abril 1966, 10 y siguientes.

nes europeas que los habían sometido a su control. Cuando los dirigentes nativos se hicieron cargo de la situación, al sonar la hora de la independencia, se tenía el convencimiento de que en seguida vendrían el progreso y un cierto grado de prosperidad («la escalación de las expectativas crecientes»).

Los primeros años de la libertad no consiguieron, sin embargo, producir cambios apreciables en las condiciones de vida. Esto se ha debido en parte a falta de capacidad para la resolución de enraizados problemas y de una manera muy especial a que la calidad de la dirección ha sido, por lo general, pobre. El descontento, en un tiempo dirigido contra los gobernantes coloniales, acabó encontrando expresión en los ataques dirigidos contra los Gobiernos nativos; esto ha contribuido a que fuese relativamente fácil—y en ocasiones necesario—para los jefes militares el moverse para asumir posiciones de poder.

Otras razones que guardan relación con estas causas básicas de malestar han sido la existencia en todos estos países de una corrupción muy generalizada y la creciente concentración de poder en un grupo relativamente muy pequeño de personas que integran una «élite» de formación occidental. La renta «per cápita» de la mayoría de estos países se encuentra muy por debajo de los cien dólares anuales y la gran mayoría de los africanos negros tienen poco o ningún contacto con el dinero.

El paro, los jornales bajos, la inflación, una burocracia hinchada y corrompida, la impopular austeridad gubernamental y las medidas contra el soborno y la corrupción, junto con la intranquilidad política, parecen ser cosas que han sido explotadas también por los agentes de la China comunista y la Unión Soviética. Casi hacia donde quiera que por el Africa negra se vuelve la mirada, la observación de Chou En-lai de que «las condiciones son excelentes para la revolución en Africa» parece llevar consigo una buena carga de verdad.

Más específicamente: en el Congo, gobernado desde Leopoldville (ahora Kinshasa), se produjo la total bancarrota de la ley y el orden y la administración pública, lo que ha sido causa de miles de muertes, no se sabe cuántos miles, desde la llegada de la independencia, en 1960. Las condiciones todavía siguen siendo tales que los dineros públicos destinados al pago de los salarios por el interior acaban parando a menudo en los bolsillos de los funcionarios del Gobierno, en Leopoldville (Kinshasa). Y el presidente Joseph Kasavubu y el ex primer ministro Moise Tshombe se encontraron envueltos

en una lucha por el poder que había paralizado al Gobierno y amenazado con lanzar al país a otra guerra civil. «La bancarrota política era completa», declaró el teniente general Joseph Mobutu, comandante en jefe del Ejército, después del incruento golpe militar. «Vamos a imponer el espíritu de la disciplina»<sup>2</sup>.

Entre muchos otros obstáculos para el desarrollo africano se tropieza, para citar sólo los más importantes, con el analfabetismo (en casi todos los países del Africa tropical el analfabetismo sube del 90 al 99 por 100 de la población) y la falta de conocimientos y experiencia técnica de una buena dirección administrativa. (Otros obstáculos son la falta de capital y la gran escasez de instituciones de ahorro, energía inadecuada, pobres medios de transporte, agua unas veces en demasía y otras muy escasa, pobres condiciones de salud e higiene, excesiva dependencia de uno o dos productos, una producción agrícola muy baja y problemas similares.)

Por la base de la gran mayoría de estos obstáculos están unas instituciones económicas y sociales inadecuadas o enteramente ausentes. Es grande la necesidad que tiene Africa de estructuras institucionales en cosas como el Gobierno, la política, educación, agricultura, comercio, industria y todos los demás, prácticamente, aspectos de la vida de las nuevas sociedades.

### *Algunas consecuencias desastrosas de la escalada creciente del principio de la autodeterminación.*

Una de las causas más importantes que explican las crecientes dificultades de los regímenes políticos de Africa está en los resultados desalentadores de las esperanzas puestas en que la aplicación del principio de la autodeterminación en las naciones africanas resolvería de una manera automática todos los problemas políticos, sociales y económicos.

### *El fervor de la autodeterminación.*

«El amor a la idea de nación no tiene igual, por su fervor desbordado y general, entre las pasiones políticas contemporáneas. La independencia es un fetiche, el culto y la moda de estos tiempos. Todo el que sea capaz de con-

---

<sup>2</sup> «La Segunda Revolución», *Time*, LXXXVII, 10; 11 marzo 1966, 31.

seguir una mayoría en una colonia, quiere la libertad, ahora, y tal es el estado de ánimo de estos tiempos, que por lo general suelen salirse con la suya»<sup>3</sup>.

Desde la segunda guerra mundial, aproximadamente la tercera parte de la población del mundo, alrededor de mil millones de personas, han formado sesenta nuevas naciones. En el proceso se ha producido también una buena congerie de «entidades inestables e incómodas que generalmente se sostienen con vida sólo mediante la ayuda económica y se mantienen constantemente al borde del abismo, a punto de explotar. El concepto de la nación no es un arte que se domine con facilidad, como a costa de grandes sufrimientos han podido aprender Ghana, Nigeria e Indonesia...»

La mayoría de estas nuevas naciones no tienen nada que se acerque siquiera «a los modestos recursos de Ghana, Nigeria o Indonesia». Son pobres en su gran mayoría, y también se encuentran en un estado primitivo y mal equipado para dar realidad a la idea de la nación. Algunas de sus capitales no son ciudades y en algunos casos se nombran ministros que no saben administrar. Sus Gobiernos son por lo general la mayor, y en algunos casos la única industria, y la corrupción llega a ser sencillamente una manera de vivir. En la gran mayoría de los casos faltan incluso los medios de comunicación más elementales y no es posible dar con hombres instruídos para cubrir las necesidades del país. En varios casos, las fronteras arbitrarias pasan a través de grupos étnicos, hacen violencia al uso racional de los recursos y suponen un reto a cualquier esperanza que pudiese haber de alcanzar una clara identidad nacional.

África cuenta con un mayor número de naciones nuevas que ningún otro continente, precisamente por sufrir en mayor medida de la pesada carga del colonialismo. La América Hispana tiene a la Guayana inglesa, que quiere hacerse—se ha hecho ya oficialmente—un Estado, sin medios adecuados para ello; el Oriente Medio tiene al Yemen; Asia cuenta con su Laos y sus Islas Maldivas, «ninguno de los cuales tiene mucho sentido aparente como nación». «En una categoría diferente, pero igualmente difícil, está el Pakistán, mayor y más populoso que los otros, pero convertido en dos partes que se encuentran separadas por una distancia de 1.500 kilómetros, que pasa a través de una tierra que no es amiga».

<sup>3</sup> *Time Essay*, «The Passions & Perils of Nationhood», *Time*, LXXXVII, 10; 11 marzo 1966, pág. 38.

*Herencia y revolución.*

Y hay más no-naciones nuevas que están esperando turno: Bechuania, Basutolandia, la Guayana británica (ya legalmente considerada como una nación independiente) y Mauricio, todas a punto de alcanzar la independencia en este mismo año; y Swazilandia y la Arabia del Sur les habrán de seguir muy pronto.

El inglés lord Caradon dio cuenta no hace mucho a la Asamblea General de las Naciones Unidas que todavía quedan cincuenta territorios coloniales en todo el mundo en espera de alcanzar la independencia: de ellos treinta y uno en el Imperio británico. Como, por lo general, las colonias más pequeñas y con menos posibilidades de viabilidad son las últimas en alcanzar la independencia, las perspectivas son ciertamente abrumadoras. Todas ellas, invariablemente, solicitan el ingreso en las Naciones Unidas, donde su derecho de voto, en igualdad de condiciones con grandes potencias, como los Estados Unidos y la Unión Soviética, ha sido la causa de que surgiese un completo juego de problemas enteramente nuevos. El concepto de la nacionalidad se ha extendido hasta el absurdo, puesto que son muchos los «micro Estados» que se han visto convertidos en naciones completamente desarrolladas.

*Lo que constituye una nación.*

Son muchas las definiciones de nación <sup>4</sup>.

En general, la mayoría de los estudiosos de la materia coinciden en que la idea de una «nación viable» es un concepto del siglo XIX que ya no tiene aplicación, aun cuando la prueba más sensata sobre la viabilidad de una nación parece ser la autosuficiencia económica: la capacidad para sostener a su gente sin una ayuda del exterior en gran escala. Pero esa no es la idea

---

<sup>4</sup> Ver uno de los últimos intentos hechos por sintetizar nuevas maneras de considerar la cuestión: KEMILAINEN, Aira: *Nationalism: Problems Concerning the Word, the Concept and Clasification*, Jyvaskyla, Kustantajaj, editores, 1964; pero en la bibliografía, págs. 239-248, hay graves deficiencias.

que prevalece en estos tiempos. La gran proliferación durante la posguerra de organismos internacionales como las Naciones Unidas y los Bancos de desarrollo internacional, la competencia por las lealtades y simpatías en la guerra fría y, por encima de todo, el poder de permanencia de la ayuda exterior aseguran de una manera práctica la supervivencia de cualquier nación que alcance la independencia, por grandes que sean sus problemas, como bien lo demuestran casi 7.000 millones de dólares repartidos entre las nuevas naciones por el Occidente industrializado y los 500 millones de dólares que llegan anualmente del bloque comunista<sup>5</sup>.

Nadie pone seriamente en duda el derecho de un pueblo a verse convertido en una nación, como nadie sugiere que algunos de los que ya lo son vuelvan al colonialismo.

Desde los días de Woodrow Wilson, la autodeterminación se ha convertido en la ideología dominante del siglo XX. El problema es, sin embargo, que el derecho nada más, no da necesariamente poder. Para poder progresar más allá de la mera supervivencia, las nuevas naciones necesitan una cierta medida de peso económico y sustancia política, la ocasión de hacer demostración de que valen la pena de ser naciones al marchar hacia el logro de ciertos objetivos. «Son demasiadas ya las que han izado la bandera sin contar apenas con nada más que el mástil».

Las nuevas naciones son en una gran parte, literal y linealmente, herederas de su historia colonial. Físicamente hablando, son artefactos del reparto del botín tomado por el imperialismo en el siglo XIX, para dejarlas confinadas dentro de unas fronteras arbitrarias concebidas por los cartógrafos coloniales del día.

Psicológicamente son las herederas del propio y vigoroso nacionalismo europeo que alimentó la carrera en pos de los dominios imperiales. Como observó el filósofo inglés del siglo XIX, Walter Bagehot, el hombre político es un animal altamente inclinado hacia la imitación; los pueblos subyugados por los imperios rechazaban un colonialismo que les hacía mostrarse resentidos, pero asimilaban y aceptaron muchos de sus atributos y características, al andar en busca de los mismos símbolos y atributos de poder que pertenecieron a sus amos. Esto se ve en los imponentes palacios de gobierno, los

---

<sup>5</sup> RUBIN, Jacob A.: *Your Hundred Billion Dollars, the Complete Story of American Foreign Aid*. Libros Chilton, Filadelfia, 1964; ver también el capítulo «Russia Follows the American Example», págs. 149-161.

maceros parlamentarios, los «Rolls-Royces» tan conspicuamente en evidencia, las líneas aéreas «nacionales» pero mantenidas por personal occidental y las deslumbrantes cancillerías con las que se tropieza en muchas jóvenes naciones que a duras penas se pueden permitir el lujo de litografiar su propio papel moneda.

*La agotadora tarea de la autodeterminación.*

Las nuevas naciones han sido creadas con tanta rapidez y con tal falta de preparación racional que han generado problemas a los cuales nunca habían tenido que hacer frente la mayoría de las naciones más antiguas, que se habían ido desarrollando a lo largo de los siglos. Los edificadores de los imperios nunca se han sentido ligados por la obligación de mejorar las normas de vida de aquellos a quienes dominaron. Hoy, los dirigentes de una nueva nación se ven pronto metidos en una mala situación si no lo hacen, y de una manera visible y dramática, además.

Se encuentran también cara a cara con la posibilidad de varias revoluciones simultáneas—política, social, económica, tecnológica—y con la necesidad de tomar decisiones que los estadistas occidentales nunca tuvieron por qué tomar. La sola tarea de poner una nueva nación en marcha es sencillamente formidable. Mauritania, por ejemplo, es prácticamente un país en movimiento, cuyos nómadas moros marchan en busca de agua de un sitio para otro, sin pasaporte, entrando y saliendo de los países vecinos, de Malí y Argelia.

Como cada país independiente ha de contar con su propia capital, Mauritania tuvo que ponerse a edificar una, empezando por los cimientos. Nuakchott, con 8.000 habitantes, es un montón de cubos pintados al pastel sobre una desolada extensión de dunas de arena en las proximidades de la costa. En Laos es tan reducida la «élite» de funcionarios con experiencia—unos cien en total—que con ellos no se puede hacer mucho y sin ellos no se puede hacer nada.

La vivisección étnica abunda por casi todas partes. Las gentes somalies están repartidas entre Etiopía, Somalia, Kenia y la Somalia francesa; a la tribu Bas del Congo se la encuentra aposentada en tres naciones; a la tribu Sahara, en cuatro. Pero también se puede tropezar con lo contrario: Laos,



Nigeria y el Sudán, entre otros países, están constantemente atormentados por la tendencia de unas tribus que se ven confinadas por el interior de las mismas fronteras a entrar en una guerra nueva antes de salir de la anterior.

Una vez en marcha, la nueva nación necesita establecer embajadas por todo el mundo y enviar misiones a las Naciones Unidas, una tarea que con frecuencia deja agotadas a un tiempo las finanzas y las posibilidades de disponer de personal capacitado. A pesar de lo cual, y por citar un caso, las Islas Maldivas, cerca de Ceilán, son tan pobres que las Naciones Unidas tienen que despachar su correspondencia a través de la «Maldivian Philatelic Agency», que se encuentra en la isla de Manhattan, en Nueva York, muy cerca de los grandes almacenes de Macy's.

La principal dificultad gubernamental del presidente Gregoire Kayibanda, de Ruanda, es más grave todavía: carece de teléfono en su palacio de Kigali. El pobre Dahomey hace alarde de un palacio presidencial que costó seis millones de dólares y que es mayor que el palacio de Buckingham. Mauritania tiene una dirección general de Bosques y Aguas, aunque no es posible encontrar por allí bosque alguno y el agua anda sumamente escasa. En el Alto Volta se llama a su única carretera doble, de menos de medio kilómetro de largo, los Campos Eliseos.

Tales pretensiones suelen darse la mano, constantemente, con la corrupción; una corrupción intensificada, además, por el hecho de haber nacido estos Estados para verse sumidos con frecuencia en las rivalidades y juego sucio de la guerra fría, si bien, hasta ahora, esto ha trabajado en favor y para provecho de las nuevas naciones, al poner a su alcance las fuentes competitivas de las que salen los dineros destinados a la concesión de ayuda al exterior.

### *Penetración roja en Africa.*

Hasta ahora, sin embargo, la Rusia soviética y la China comunista no han podido aprovecharse de la pobreza de Africa y del descontento que inevitablemente le hace compañía. En la actualidad son muy pocos los países africanos que se inclinan claramente hacia la izquierda. Los dos que se inclinan con mayor decisión hacia ese lado son Guinea y Malí; ninguno

de los dos, sin embargo, es considerado como situado de una manera total en el campo comunista <sup>6</sup>.

La fortuna roja en África, nunca alta, se ha hundido hasta tocar el punto más bajo, hasta ahora, desde 1965. En Argelia, un régimen encabezado por Ahmed Ben Bella, que había cultivado relaciones muy íntimas con cierto número de países rojos—particularmente Cuba—, fue reemplazado en junio de 1965 por un Gobierno neutral. A los comunistas no les iba nada mal en Ghana, con Nkrumah; cuando cayó, cientos de funcionarios chinos y soviéticos tuvieron que preparar las maletas.

Hasta en la media docena de países, aproximadamente, en que los comunistas habían conseguido, en una ocasión u otra, introducirse en el Gobierno, no les ha sido posible conseguir apoyo alguno de consideración entre las masas. En Ghana, por ejemplo, la caída de Nkrumah puso en movimiento airadas manifestaciones anticomunistas.

Los fracasos chinos y soviéticos en sus intentos por abrirse paso en África tienen sus comienzos, como es posible demostrar, en el hecho de que la gente de ese continente, que acababa de alcanzar la libertad, no tiene la intención de caer de nuevo bajo una dominación exterior.

#### *Las características de los sistemas de partido en el África negra.*

Al examinar la organización política de la gran mayoría de los Estados subsaharianos de estos tiempos salta a la vista el hecho de que esa organi-

<sup>6</sup> Ver, para más detalles: BRZEZINSKY, Zbigniew, editor: *Africa and the Communist World*, Stanford University Press, California, 1963; COOLEY, John J. K.: *East Wind Over Africa: Red Chinese African Offensive*. Walker, Nueva York, 1965; LESSING, Pieter: *Africa's Red Harvest, And Account of Communism in Africa*. John Day, Nueva York, 1962; KRUZMAN, Dan: *Subversion of the Innocents, Patterns of Communist Penetration in Africa, the Middle East, and Asia*. Random House, Nueva York, 1963, parte I, *Africa*, 29-168; THORNTON, T. P.: *Communist Attitudes Toward Asia, Africa, and Latin America*, capítulo 9, 245-270; y HALPERN, Manfred: *Middle East and North Africa*, capítulo II, 303-330; y LEWIS, William H.: *Sub-Saharan Africa*, capítulo XIII, 267-290, en Black, Cyril E. y Thornton, T. P., editores, *Communism and Revolution: The Strategic Uses of Political Violence*. Princeton University Press, Nueva Jersey, 1964; LASKY, Victor: *The Ugly Russian*. Trident Press, Nueva York 1965; HOLDWORTH, Mary: *Africa*, capítulo VII, 191-219, en Luard, Evan, editor, *The Cold War: A Re-appraisal*. Praeger, Nueva York, 1964; ROUCEK, Joseph S.: «China's Drive in Africa», *New Africa*, VI, 4, abril 1964, 15-16; y «The Impact of Africa on the American Negro», *ibid.*, VI, 12, diciembre 1964, 9-10; y «The Changing Geopolitical Pattern Along the Persian Gulf», *Il Politico*, XXIX, 2, 1964, 440-456.

zación está enraizada en la existencia de sistemas de partido híbridos<sup>7</sup>, gracias a la aceptación verbal de los conceptos ideológicos populistas, de acuerdo con los cuales «la voluntad del pueblo» es el origen de todo el poder (no, como anteriormente, «la gracia divina») de los partidos políticos y, por tanto, de sus dirigentes, quienes son la representación de la «voluntad del pueblo».

Pero es considerable la diferencia que hay entre el desarrollo histórico de los partidos en la Europa occidental y en Africa. Mientras los partidos políticos de Europa han surgido como: 1) instituciones en representación de la sociedad, en oposición a la vieja estructura política, y 2) como reflejo de la desunión nacional, en Africa, donde la armazón social nunca tuvo parecido con la europea occidental, los partidos políticos empezaron a formarse como instituciones de la lucha nacionalista y la integración de las diversas tribus y los estratos sociales en su lucha contra el colonialismo; reflejaban, por encima de todo, la creciente conciencia nacionalista y la tendencia paralela hacia la unificación como la manera de alcanzar metas nacionales. Si, en algunos casos, pudo parecer que surgían con un carácter tribal, entonces este elemento mismo era casi siempre un paso hacia una unificación más ancha.

Mientras los sistemas políticos de la Europa occidental surgieron a lo largo de un dilatado y más o menos constante proceso de desarrollo del Estado y la sociedad, los sistemas africanos contemporáneos fueron creados como el resultado de la superimposición de varios tipos de sistemas políticos, uno encima de otro. El más bajo es el sistema tribal; a continuación viene el sistema político africano de los Estados precoloniales en algunos casos; después, el nivel de unificación colonial administrativa y, finalmente, el nuevo nivel de integración y los respectivos sistemas políticos de los Estados y naciones modernos de Africa.

---

<sup>7</sup> Las excepciones corren a cargo de los países con un sistema tradicional heredado de la época feudal, tales como Etiopía y la Arabia Saudí, donde el viejo tipo de gobernantes apoyados por una aristocracia está en oposición al cambio del viejo sistema de gobierno, y en los países donde el funcionamiento de los sistemas de partido está suspendido de una manera transitoria. Ver: CHODAK, Szymon: *The Societal Functions of the Party System in Sub-Saharan Africa*, 256-280, en Allardt, Erik and Littunen, Yrjo, editores, *Cleavages, Ideologies and Party Systems: Contributions to Comparative Political Sociology*. The Academic Bookstore. Helsinki, Finlandia, 1964.

Es de importancia advertir que estos niveles de los sistemas políticos difieren en todos los aspectos, especialmente en el alcance de su actividad integracional (en su contexto estructural e ideológico). La superimposición en cada uno también produjo un proceso en el que quedaron abolidas las instituciones, reglas, normas, valores, medidas, actitudes y funciones del nivel de integración más bajo (que han sido en muchos aspectos contrarias a las del superimpuesto sistema político superior). Por ejemplo, ya durante la superimposición del sistema político colonial, la organización militar tribal, algunas creencias religiosas y las acostumbradas relaciones quedaron abandonadas. Es más: algunas instituciones coloniales, normas y valores desaparecieron o fueron suprimidas cuando fueron creados los modernos Estados africanos; pero, al mismo tiempo, las instituciones y valores restantes hicieron un impacto considerable en el carácter de la integración de los sistemas políticos de reciente creación. De aquí que, como un resultado, los sistemas políticos de Africa son creaciones nuevas, formaciones integrantes nuevas; y como otro, son una composición de elementos de sistemas políticos diferentes, los residuos de un pasado, en normas, valores y actitudes.

Un análisis de algunas de las características generales del sistema de partidos africano revela que en casi todos los Estados africanos está en funcionamiento un solo sistema de partidos, con la demostración de tres situaciones por lo menos: 1) hay un solo partido y todos los partidos de oposición han sido disueltos, suprimidos o se han fusionado con el partido que está en el Poder (en la Costa del Marfil, el «Parti Démocratique de la Côte d'Ivoire»; en Guinea, el «Parti Démocratique du Guinée»; en Tanga-nika, el «Tanganyikan African National Union», etc.);

2) en algunos países el Gobierno es una coalición de partidos y lo que no está incluido en la coalición está prohibido; Chad, con una coalición del «Parti Progressiste Tchadien», con el «Parti National Africain»; Gabón, con una coalición de la «Unión Démocratique Gabonais» con la «Unión Démocratique et Sociale Gabonais». Semejantes coaliciones deberían ser consideradas como fases hacia la creación de un solo partido con la fusión de dos o más;

3) algunos países tienen partidos que gobiernan aisladamente, pero con una oposición; mas los partidos gobernantes ejercen el control sobre todas las instituciones de poder y la influencia de la oposición está debilitada a causa del creciente respeto, cuando no admiración, de la población por el

partido y los dirigentes que se encuentran en el Poder y en parte gracias a las medidas legislativas que limitan las posibilidades de la oposición, como se ha podido ver en Ghana con el Partido de la Convención del Pueblo, al que se opone el Partido Unido; en Burundi, con el Partido de la Unidad y el Progreso Nacional de Burundi; o en Ruanda, con el Partido de la Emancipación de los Bahutus.

Pero hay también en funcionamiento varios sistemas multipartidos, como sucedía en el Congo ex belga, aunque desde la muerte de Lumumba apenas si es ya posible hablar por allí de un partido. Había un sistema multipartido en Nigeria, un país compuesto por tres provincias, en cada una de las cuales un partido diferente formaba el Gobierno; en el Norte, el Congreso de los Pueblos del Norte; en el Este, la Convención Nacional de Ciudadanos Nigerianos (que anteriormente había sido el Consejo Nacional de Nigeria y los Camerunes); en el Oeste, el Grupo de Acción. Teníamos aquí tres provincias diferentes (con una cuarta en formación), con tres sistemas separados de un solo partido, con sus oposiciones respectivas. Al nivel de la Federación, había una coalición del Congreso de los Pueblos del Norte y de la Convención Nacional de Ciudadanos Nigerianos en el Gobierno, con el Grupo de Acción en la oposición. Pero recientemente las autoridades acusaron a la oposición federal de supuestas actividades subversivas.

Había sistemas multipartido en Uganda (que alcanzó la independencia en octubre de 1962) y en Kenia (independiente desde diciembre de 1963).

En muchos Estados africanos donde prevalecen los sistemas de un solo partido, numerosos partidos políticos han competido por el Poder hace sólo unos pocos años, con anterioridad a la independencia; después de haber sido alcanzada, los sistemas de un solo partido han tendido a ser de general aceptación. De aquí que el sistema multipartido esté en vías de desaparición en África, si bien existen varios factores que podrían actuar en favor de tales sistemas multipartido: 1) la composición tribal y los conflictos y divisiones tribales de la población; 2) las nuevas y recientes divisiones sociales o de clase; 3) la competencia entre personalidades en las «élites» políticas; 4) la influencia de la cultura política occidental<sup>8</sup>.

<sup>8</sup> Los dirigentes africanos sostienen que el sistema multipartido es menos eficaz que el sistema de un solo partido y que, en cualquier caso, es un lujo que no resulta permitido todavía. En busca de citas convenientes, ver: CHODAK, op. cit., 263-264.

En sus orígenes, los partidos políticos de Africa difieren también de sus contrapartidas europeas por contar con Parlamentos que tienen una importancia inferior a los Parlamentos europeos. La lucha por los escaños en el Parlamento ha sido considerada de importancia sólo en el caso de ser una manera de alcanzar la independencia (como ha sucedido en Ghana, Tanganika o la ya desaparecida Federación de Rhodesia y Nyasalandia); pero aun así se vio confinada a los métodos revolucionarios y fue sólo una de las muchas formas y campos de acción del partido. En general, también el respeto a las instituciones parlamentarias es mayor en los países que han sido territorios británicos que en los que han sido territorios franceses <sup>9</sup>.

Y, en cualquier caso, los principios de las democracias tribales difieren de los principios de la democracia occidental y tienen expresión en diferentes normas de valores. Y la tendencia hacia una función parlamentaria decreciente en relación con la expansión de los poderes de los órganos ejecutivos no es un fenómeno puramente africano, como bien se puede ver en Francia y en la Alemania Occidental.

Por lo general, los Parlamentos africanos son menos eficaces que en las tradicionales situaciones de la Europa Occidental en lo relativo a la lucha de los grupos de intereses, si bien continúan siendo la plataforma de la representación regional, en el caso de no ser también representaciones tribales y de otras clases.

La función movilizadora e integradora es probablemente la función social más importante de los partidos políticos africanos. «Son fundamentalmente una institución para la movilización de la masa de los pueblos africanos para la lucha por la independencia nacional y, después que la independencia ha sido alcanzada, para el desarrollo de un programa encaminado a elevar las normas económicas y culturales de los nuevos Estados» <sup>10</sup>.

Pero la creación de las nuevas naciones puede ser alcanzada sólo con la subordinación de las divisiones y antagonismos étnicos, raciales, tribales y de grupo a los requisitos de la nueva nación, en la ausencia de lazos económicos y tradicionales (que en el Occidente formaron la base de la unidad nacional. En muchos casos, el partido político es la única institución que

---

<sup>9</sup> GRAY, R. F.: *Political Parties in New African Nations: An Anthropological View, Comparative Studies in Society and History*, V, núm. 4, 450, 452, 455; GLUCKMAN, M.: *Order and Rebellion in Tribal Africa*. Londres, 1963.

<sup>10</sup> CHODAK, op. cit., 266.

refleja los procesos formativos de las sociedades nacionales (mientras que en Europa vinieron a la existencia y se desarrollaron dentro del marco de bien establecidos esquemas estatales y nacionales, como resultado del desarrollo económico).

Mientras en Europa la mayoría de los partidos aparecen identificados con los intereses nacionales, en Africa no se ha contado con otras instituciones de integración nacional; el partido se ha convertido, por tanto en la incorporación de la unidad nacional, con todo un sistema de símbolos nacionales con los símbolos del partido, pasando a ser de la propiedad de la sociedad entera, tratando de vencer la resistencia de las distintas tribus no integradas y con frecuencia mutuamente hostiles. En Africa, los partidos han sido las primeras instituciones de amplitud nacional unificadoras de todas las tribus en una nueva sociedad supertribal. De aquí que el sistema de un solo partido sea considerado por muchos africanos como la medicina contra el provincialismo que escinde una nación.

En Africa, la función ideológica de todos los partidos con relación a las masas, profundamente saturadas de tradición, supersticiones y analfabetismo, ha de tener siempre una nota dominante: la independencia, con la adición de «la lucha contra la discriminación racial». Hay algunas adiciones sobre la democracia, la justicia social, la necesidad de la educación, etc., pero todas ellas son consideradas como algo que tiene la misma importancia que los programas o, en la práctica, como la consigna de la «independencia». La independencia ha sido la meta de estos partidos y es todavía considerada como algo que no ha sido alcanzado plenamente. De aquí que las mayores diferencias entre los dirigentes africanos, por lo general luchas entre personalidades, no descansen sobre suposiciones en cuanto a cómo introducir la democracia, qué clase de democracia, justicia social u otras ideologías importantes en Europa, sino las diferencias en cuanto a la manera de alcanzar la independencia y, una vez lograda, cómo mantenerla, la forma que la independencia debería tener y cuáles son sus límites y significación. Estos diferentes conceptos de independencia tienen expresión en las ideologías del panafricanismo, la personalidad africana, la «negritude», el socialismo africano y las luchas entre los que se inclinan hacia tendencias centrifugas o centrípetas.

Todos estos programas de partido, con la «independencia» como la gran novedad, han hecho posible a los partidos la movilización bajo sus estandartes

de la población en unos pocos años y en países donde prevalece el analfabetismo, divididos en tribus numerosas con lenguas distintas y con diferentes estructuras sociales, con muy pequeñas cantidades de dinero, medios de prensa muy limitados e incluso menores facilidades todavía para la publicidad por la radio.

Los sociólogos que estudian los partidos políticos africanos se inclinan a dividirlos en partidos formados por grupos reducidos de dirección y en partidos de masas, como en Europa<sup>11</sup>. Pero tenemos que observar que la «élite» africana o los partidos de masa africanos son diferentes a los partidos de «élite» europeos; los partidos de «élite» son típicos en regiones musulmanas con una comunidad fuertemente orientada en un sentido tradicional, donde el conflicto entre la nueva «élite» moderna de los políticos y la vieja «élite» de los jefes tribales no es tan fuerte, como lo ilustra el Partido Progresista Nigerino (Níger), el Partido Progresista del Chad, el Partido de los Pueblos de Sierra Leona, el Congreso de los Pueblos del Norte (Nigeria).

En Europa, el período en que dominaron los partidos de «élite» coincidió con el tiempo en que el sufragio tenía todavía límites muy reducidos; existen aún por encontrarse en condiciones de explotar la lucha entre los partidos de masa y jugar, a causa de éstos precisamente, un papel importante. Los partidos de «élite» en Africa son nuevas estructuras de la cumbre de comunidades más anchas y antiguas conservadas en la forma tradicional; son la fachada de la modernidad que permite a las viejas «élites» mantener la posición tradicional del jefe de la comunidad en tales circunstancias, actuar, es decir, al estilo de los antiguos dirigentes y aparecer también en la actitud de los políticos modernos en tales nuevos medios como los Parlamentos, Gobiernos y organizaciones internacionales; los miembros son frecuentemente aristócratas cuya influencia ha sido ganada gracias a la herencia de su posición como jefes, emires, etc., tradicionales.

---

<sup>11</sup> HODGKIN, T. L.: *African Political Parties, an Introductory Guide*, Penguin, Baltimore, 1952; KILSON, M. L.: «Authoritarian and Single-Party Tendencies in African Politics», *World Politics*, 1963, núm. 1.



*Nuevas personalidades dominantes.*

Las antiguas alineaciones en África han sido alteradas, casi de la noche a la mañana, con la presencia de nuevas caras y un nuevo equilibrio de fuerzas sociales.

La explosión de los golpes militares ha impulsado poderosamente el cambio; en 1960, durante la gran ola de la independencia, se hacía hincapié en el espíritu del nacionalismo y el anticolonialismo. En 1966, la tendencia ha sido de alejamiento de los «ismos» de cualquier clase, para convertir la «reconstrucción» en la clave de todo <sup>12</sup>.

Este tema ha sido desarrollado recientemente en discursos de hombres como el general Ankrah en Ghana y el general Soglo en Dhomey, y el general Mobutu en el Congo; el vocabulario es de tono militar y, por tanto, claro, duro y práctico. No más habladurías acerca de coger la Luna con las manos, no más discusión sobre el socialismo africano. Si bien estos dirigentes prefieren hablar de sus golpes para calificarlos de «revoluciones», en sus discursos hablan de la revolución como la manera de hacer que la gente vuelva al trabajo para cosechar más víveres, hacer frente a los controles sobre los alquileres y a los precios con tendencia rápida a subir, para buscar la inversión de los desequilibrios en las balanzas de pagos y para acabar con la corrupción y el nepotismo, característica de los «políticos de la vieja guardia» que era tanta la sed que tenían de alcanzar los frutos del Poder de reciente adquisición, que el Poder llegó a ser para ellos un fin en sí mismo.

*Últimas posiciones del socialismo africano.*

Kwame Nkrumah, el derrocado presidente de Ghana, fue nombrado en marzo de este año presidente honorario de Guinea por Sekú Turé, su presidente titular; se trata de dos activos camaradas que conviven en una de las últimas posiciones del socialismo en el continente africano. Pero para un número de africanos siempre creciente se mantienen como símbolos de un ala

---

<sup>12</sup> GARRISON, Lloyd: «Modern Men Dominate de African Scene», *The New York Times*, 13 marzo 1966.

radical de la dirección africana en decadencia, aunque todavía aferrada a las anticuadas, gastadas frases y consignas que habían dado color al «misticismo» africano.

Turé resumió sus ideas en presencia de un viajero que lo visitó no hace mucho: «El dinero y el poder adquisitivo no cambian la conciencia de los hombres ni construyen naciones»<sup>13</sup>. Lo dijo en francés. Nkrumah dijo lo mismo en inglés, pero al parecer su pueblo y su ejército son de distinta manera de pensar.

Los sentimientos que prevalecen por ahora en Ghana apuntan hacia la caída del presidente Turé sin tardar mucho. Y en el caso de que así fuese, Nkrumah caería por segunda y última vez. En cualquier caso, Turé ha arrastrado a Guinea más cerca del caos económico que lo hizo Nkrumah con su país. Se tienen informaciones de que todo lo que se puede comprar en la capital de Guinea, Conakry, son triciclos checoslovacos y juguetes mecánicos chinos. Los empleados de los hoteles tratan desesperadamente de pignorar francos guineanos a cuatro veces su desinflado valor; el paro se ha hecho crónico; ni una sola de las empresas estatales de Turé opera sin déficit.

Mientras los funcionarios del monolítico sistema de un solo partido, de Turé, se muestran justificadamente orgullosos de ya no depender de los franceses que se han ido, los ingresos medios de los guineanos de 60 dólares (3.600 pesetas) al año, son la mitad de lo que por término medio se llevaban a casa en el año de la independencia.

Como Nkrumah, Turé se ha convertido en el blanco de golpes e intentos de asesinato, aunque, sin embargo, ha conseguido salir adelante. Y como Nkrumah, echa la culpa de todos sus males a los complots «neocolonialistas» o a la intriga de Félix Houphouet-Boigny, su vecino capitalista de la Costa del Marfil, donde la producción nacional bruta ha marchado al buen ritmo anual de aumento del 10 por 100.

Turé acusa a Houphouet-Boigny de ser más francés que los franceses, y alguna razón tiene. El dirigente de la Costa del Marfil tiene sus enemigos políticos dentro de su propio campo, especialmente entre los jóvenes radicales que acaban de regresar de París. Pero cuanto más tiempo se mantenga en el Poder y la Costa del Marfil siga prosperando, más su clase de economía de puerta abierta irá transformando más y más en una farsa grotesca la hueca postura adoptada por Turé.

<sup>13</sup> Ibid.

Actualmente, la voz de la moderación domina el escenario; en alianza con los Houphouet-Boigny de los países de habla francesa y los nacionalistas fervorosos pero prácticos, como Kenneth Kaunda, de Zambia, y el venerable emperador Haile Selassie, de Etiopía, los nuevos generales van aislando poco a poco a los Turé, los Nyerere y los Nasser.

No quiere esto decir que los nuevos regímenes militares como el de Ghana vayan a mantener una actitud menos abierta en cuanto a cuestiones africanas como la de Rhodesia o Sudáfrica y la presencia portuguesa en Angola y Mozambique.

El recurso a la diplomacia parece haber concluido; Ghana quiere resultados por el lado de lo realizable, paso a paso si es necesario, pero dando pasos a pesar de todo. Un coronel del ejército ghanés embelleció el tema al decir: «Somos hombres de acción, no ideólogos».

Nkrumah ha sido probablemente el caso más reciente de los dictadores que intentaron alcanzar el estado del «carisma». Su megalomanía le llevó tan lejos que por las calles de Accra se llegaron a vender fotografías suyas al lado de Jesucristo; los sellos de correos llevaban su semblante. Su nombre oscilaba en los grandes anuncios de neón. Una estatua suya a un tamaño por encima del natural había sido levantada frente al edificio del Parlamento. La radio de control estatal aludía a él como «el Redentor», «Su Majestad mesiánica» y «el Conquistador»<sup>14</sup>.

### *Continuadas amenazas de violencia*

Es evidente que los golpes militares en Africa, ahora que el precedente ha sido establecido, están sólo en los comienzos.

Un candidato ostentoso es Guinea, donde el presidente izquierdista, Sekú Turé, ha llegado al final prácticamente de la privación de los derechos de

---

<sup>14</sup> SHEARER, Lloyd: «Dictators Run Most of the World», *Bridgeport Parade*, 13 marzo 1966, 4-5. Con todo, Nkrumah ha hecho algunas aportaciones concretas a publicaciones académicas; ver: NKUMAH, Kwame: *African Prospect*, 274-284, en Quigg, Philip W., editor, *Africa: A Foreign Affairs Reader*. Praeger, Nueva York, 1964; *The Role of a University*, 314-316, en Cowan L. Gray; O'Connell, James, y Scanlon, David G., editores, *Education and Nation Building in Africa*. Praeger, 1965; *Africa in the World Forum*, capítulo III, 11-15, in Gould, Peter R., editor, *Africa: Continent of Change*. Wadsworth, Belmont, California, 1961.

sufragio a la mayoría de los hombres de la tribu Fulah y ha ido más allá que el propio Nkrumah por el camino del desconcierto económico. El país se encuentra en un estado de bancarrota práctica, a pesar de la inmensa ayuda recibida de China, la Unión Soviética y los Estados Unidos.

Otro es el Níger, que se ha ido volviendo malhumorado e inquieto al cabo de ocho años del régimen de Hamani Diori, corrompido y desorganizado.

La tensión y lucha entre norteños y sudistas en el Senegal, Chad, Mauritania y Mali hace que la situación sea de gran tirantez y en el Sudán se ha llegado al planteamiento de la guerra civil, que hace más difícil la situación para el nuevo régimen, que no es militar. Aquí, el Gobierno de «coalición», que dispone en realidad de poderes dictatoriales, está envuelto en una sangrienta guerra con los rebeldes de las tribus de las provincias meridionales.

En Burundi, un informe de la Comisión Internacional de Juristas da cuenta de que ochenta y seis agentes de las tribus que se oponían a la monarquía fueron ejecutados sin ser sometidos a juicio, en octubre de 1965.

En el Camerún, el presidente Ahmadú Ahidjo se encuentra en la necesidad de tener que hacer frente a un poderoso movimiento separatista. Los dos últimos primeros ministros habían sido asesinados y un golpe preparado por la policía a duras penas pudo ser evitado en octubre de 1965.

Los rumores de un golpe militar en Uganda se hicieron tan insistentes en febrero de este año que los ministros del Gobierno de Milton Obote permanecieron ocultos durante dos días. El mismo Obote suspendió la Constitución, cerró el Parlamento, se hizo cargo de todos los poderes y despidió al comandante del ejército.

Unos pocos dirigentes africanos dan la sensación de sentirse seguros, por lo menos de momento. El más conspicuo de todos, desde este punto de vista, es Jomo Kenyatta, de setenta y tres años, de Kenia, anteriormente jefe del «Mau Mau», ahora reverenciado en todo el país como el «Mzee», es decir, «el Viejo». Pero la estabilidad de algunos de sus pares descansa sobre cimientos de mucha mayor fragilidad. Gambia, que alcanzó la independencia en 1965, es demasiado joven y demasiado pequeña para dar a su primer ministro, David Kairaba Jawara, causas inmediatas de preocupación. Las tropas francesas apuntalan al presidente de Gabón, Leon Mba, a cambio de la concesión de los derechos de explotación de los depósitos de uranio en el país.

En Malawi, el primer ministro y presidente, Hastings Banda, es un demagogo «que lo ha prohibido todo, salvo el morirse de hambre»; se mantiene

arrogante sólo porque su ejército no cuenta más que con 800 hombres y está mandado todavía por oficiales británicos, que sienten el verdadero placer del mantenimiento del «statu quo»<sup>15</sup>. Al mismo tiempo, el Gobierno ha inaugurado una costosa universidad y proyecta convertir en hogar permanente de esta universidad a Zomba, una vez que la capital sea trasladada de esta ciudad a Lilongue, a unos trescientos kilómetros más al norte<sup>16</sup>.

Cuando Bechuanalandia alcance la independencia, en septiembre de este año, el primer ministro, Seretse Khama, se verá convertido en la garantía definitiva contra cualquier posible derrocamiento como consecuencia de un golpe militar, puesto que Bechuanalandia carece de ejército<sup>17</sup>. Pero los partidos de la oposición están haciendo lo posible por convertirse en una fuerza de considerable importancia; y si bien hasta ahora no se ha podido decir que el señor Khama tropiece con una oposición digna del nombre, es mucha la miseria y grande el descontento susceptibles de explotación. Sus rivales y enemigos pudieran llegar a convertirse en un peligro para él.

### *¿Encrucijada africana?*

Lo sucedido en Ghana en febrero de 1966 confirma que la grave convulsión de Nigeria, en enero (repetida y acentuada algo más de medio año después), pudiera muy bien ser la encrucijada en el curso a seguir por la historia del Africa negra independiente. Ha habido indicios de todas clases para suponer que Africa se encuentra cara a cara con una actitud de rebelión y sana protesta de la generación que se ha alzado inmediatamente después de la independencia contra el abuso de esta independencia (tal y como

<sup>15</sup> «The Second Revolution», *Time*, LXXXVII, 10 marzo 1966, 32.

<sup>16</sup> MACDONALD, Roderick J.: «Visit to a New African University», *Africa Report*, XI, 2, febrero, 1966, 38-40. Malawi se ha convertido en república sólo el pasado julio.

<sup>17</sup> Bechuanalandia, con una superficie bastante mayor que la de España (unos 712.250 kilómetros cuadrados), con escasa densidad de población, confina al norte con la franja de Caprivi, del Africa Sudoccidental; por el este, con la Rhodesia; por el oeste, con el Africa del Sudoeste y por el sur con la República de Sudáfrica. La mitad sur del país está formada por el desierto de Kalahari, mientras que la mitad norte está por encima de la cuenca del Zambesi. Se trata de un territorio árido en su mayor parte y con una economía basada casi exclusivamente en la ganadería.

ella ve las cosas) por parte de aquellos a quienes ha sido confiada por la potencia colonial que se ha ido.

Si bien los periodistas norteamericanos se muestran inclinados por lo general a considerar lo sucedido en Nigeria como un «golpe contra la democracia», otro especialista tiene el presentimiento de que «ha sido algo valioso para todo el resto de Africa»<sup>18</sup>.

Esto es algo que está demostrado con el ejemplo de Zambia. Es mucho lo que se ha hablado sobre la necesidad de honradez e integridad en el Gobierno de Zambia hasta el momento de producirse el golpe de Nigeria. Pero sólo cuando el ejército se hizo cargo en Nigeria, por la fuerza, el presidente de Zambia, Kaunda, pidió a Mr. Nalulungwe, ministro de Comercio e Industria, y a Mr. Mundia, ministro de Trabajo y Desarrollo Social, que presentasen la dimisión.

Estos hombres se encontraban dirigiendo sus propios negocios personales con la ayuda de los ministerios a cuya cabeza se hallaban. Festus Okotie-Eboh, el anterior ministro de Hacienda federal de Nigeria, estaba al frente de su propio negocio de plásticos en forma muy parecida. Pero el llamado «señor diez por ciento»—el hombre que recibía una comisión del 10 por 100 de todos los contratos que gracias a su intervención eran aprobados—es un personaje con el que se puede tropezar en más países que Nigeria.

En Kenia ha habido dos escándalos por separado que salieron a la superficie después de lo sucedido en Nigeria. Durante muy largo tiempo había habido escasez de maíz, base de la alimentación para la población de Kenia; desde los Estados Unidos se habían hecho embarques con el propósito específico de combatir el hambre. Una investigación de la Junta del Mercado del Maíz hecha por el ministro de Agricultura, Bruce MacKenzie, puso de relieve la existencia en este organismo gubernamental de una corrupción muy extendida.

El hecho de que el señor MacKenzie sea el único blanco en el Gobierno de Kenia no ha influido aparentemente para nada; sus exposiciones han sido tomadas muy en serio y la investigación se llevó a cabo.

El alto nivel de vida de los políticos de Kenia ha sido algo que también ha llamado la atención. Fue mucho lo que dieron que decir y comentar las noticias y relatos de la Prensa sobre si el alcalde de Nairobi tenía derecho a un automóvil «Rolls-Royce» valorado en 10.000 libras (alrededor de 1.700.000 pesetas). Los políticos que se encontraron a la defensiva sostenían que el

---

<sup>18</sup> EMERSON, Mark: «Peanut Soup», *Christian Science Monitor*, 19 abril 1966.

alcalde necesitaba este costoso automóvil para la «mejor conservación de su dignidad». Los críticos, en cambio, insistían en que ese dinero podría ser mucho mejor empleado de gastarse en el desarrollo de proyectos de utilidad nacional, ayuda a los pobres y construcción de escuelas.

La emoción subió grandemente cuando se supo que, a pesar de lo que había costado, el opulento automóvil había sido comprado de segunda mano.

Al hacer uso de su veto presidencial, «Mzee» Jomo Kenyatta anuló la orden de compra del automóvil y pacificó a todo el mundo, con la excepción del alcalde de Nairobi.

Los resultados de lo sucedido en Nigeria se dejaron sentir en Uganda. Lo que ha sucedido aquí es mucho más grave que todo lo que ha podido pasar en Kenia o en Zambia. Daudi Ocheng, dirigente de la oposición, acusó al coronel Amin, del Ejército de Uganda; a Félix Onama, ministro de Defensa, y a Mr. Nekyon, ministro de Planificación y Desarrollo Comunal, del supuesto robo de lingotes de oro y colmillos de marfil durante los días de crisis a lo largo de la frontera de Uganda con el Congo, en 1965. El oro, afirmó Ocheng, fue depositado en Londres. El jefe de la oposición presentó también en el Parlamento reproducciones fotográficas de la cuenta bancaria del coronel Amin: en el corto espacio de veinticuatro días el coronel había hecho depósitos en el Banco de 340.000 chelines (casi tres millones de pesetas).

Como resultado de esta serie de acusaciones, Uganda conoció una semana de gran intranquilidad. Muchos esperaban un golpe militar o la guerra civil. El propio primer ministro se vio envuelto en el escándalo, aunque no fuese por otra cosa que por el hecho de que Mr. Obote es medio hermano de Mr. Nekyon, uno de los que habían sido objeto de grandes acusaciones.

Al regresar de una visita a la región norteña, Mr. Obote rechazó las acusaciones hechas por Mr. Ocheng; afirmó que tenía las manos muy limpias, si bien tuvo mucho cuidado en no decir nada concreto en cuanto a los demás: Amin, Nekyon y Onama. Prefirió limitarse a decir que nada sabía de esa corrupción de que se hablaba. Fue de gran alivio la sensación experimentada por mucha de la gente que vive en Kampala, la gran ciudad comercial de Uganda. Todo el que podía había estado acumulando víveres en conserva para el caso de que se produjese un golpe de Estado seguido posiblemente del racionamiento de víveres.

Por tanto, la sombra de Nigeria se ha proyectado a través del continente

africano. Esos anteriores ministros de Zambia pasaron tranquilamente a dedicarse de manera ahora exclusiva a la atención de sus negocios privados, a tiempo que se vieron prudentemente alejados de la política. En Kenia todo el mundo parece estar dedicado a observar a los políticos con mayor cuidado y atención. La sensación general que se puede tener de la marcha de las cosas en Uganda es *menos esperanzadora*, aun cuando son pocos realmente los que desean que se establezca un Gobierno militar y habrá de ser escasa la confianza que merezca el Gobierno de Mr. Obote mientras una comisión judicial de investigación no dé cuenta de la forma en que creció con tanta rapidez la cuenta bancaria del coronel Amin.

Kwame Nkrumah ha demostrado con su caída que fue la víctima de sus propios y dudosos aforismos: «Busca para empezar el reino político y todo lo demás se te dará por añadidura».

De irse un poco más allá con las palabras de este aforismo de Nkrumah, él—al igual que el caído Sardauna, de Sokoto, y el jefe Akintola, de Nigeria—interpretó las cosas que habían de ser dadas por añadidura después de haber alcanzado el reino político, como riquezas o privilegios, o una posición que le iba divorciando más y más de las realidades de cada día de la vida del africano medio.

Es verdad, preciso es reconocerlo, que la separación del Dr. Nkrumah de su pueblo aparecía envuelta en una aureola mística de mayor brillantez que el esplendor de las sacas de oro. Pero el efecto acabó siendo el mismo: la desilusión popular y, al fin, la rebelión.

Las ganancias legítimas de Nkrumah durante sus quince años de gobierno han subido a un total de 332.816 dólares (unos 20 millones de pesetas), pero cuenta con más de 1.200.000 dólares (72.000.000 de pesetas) depositados en dos Bancos locales, en Accra, según ha demostrado una investigación sobre sus asuntos financieros. Emmanuel Adiya, contable de un Banco de Ghana, quien investigó las cuentas de Nkrumah, informó a una comisión investigadora formada por tres personas que en estos depósitos no se habían incluido los derechos producidos por sus libros ni las cuentas abiertas a nombre de la anterior esposa del presidente y sus dos hijos.

Adiya informó ante la comisión investigadora que Nkrumah contaba con un total de cuatro cuentas y otras dos más habían sido abiertas a nombre de dos asociados suyos. Una de las cosas que se puso de relieve durante la investigación es que dos empresas inglesas y un hombre de negocios



griego con intereses en Ghana habían hecho depósitos en las cuentas de Nkrumah de más de millón y medio de dólares (o sea, más de noventa millones de pesetas)<sup>19</sup>.

Como en el caso de Nigeria, el ejército actúa ahora en Ghana como el tesorero y guardián de la conciencia nacional y el idealismo popular. La oficialidad no está sedienta de poder y autoridad por sí mismos, como se ha dado con tanta frecuencia en el caso de algunas de las Juntas militares de la América Latina. Tanto en Nigeria como en Ghana, los oficiales que se encuentran poco por debajo de los grados más altos forman una «élite» de la clase media, libre de las influencias de la corrupción y a menudo puritana e idealista, y que a través de sus familiares se mantienen de una manera constante en contacto directo con la vida tal y como es vivida, por término medio, por la población africana.

En el caso de que lleguen a justificar y dar realidad a las esperanzas que la población de los países respectivos ha puesto en ellos, es muy posible que estos oficiales se conviertan en los agentes capaces de destruir en Africa algunos de los mitos y de los abusos que han servido para obstaculizar un crecimiento saludable hasta el momento actual en muchas de las tierras que han alcanzado en fechas recientes la independencia en este vasto continente.

JOSEPH S. ROUCEK.

---

<sup>19</sup> «Nkrumah Funds Tallies». *Christian Science Monitor*, 29 abril 1966. *Neo-colonialism: The Last Stage of Imperialism*, por Kwame NKUMAH, International Publishers, Nueva York, 1966, es el libro que movió a Washington a declinar la concesión de un empréstito de tres millones de dólares a Ghana y a enviar una enérgica nota de protesta a su presidente. Esto apuntaba a la seriedad con que Washington empezaba a considerar la cuestión del «neocolonialismo». En este libro se hace una presentación de los muchos motivos de queja que tiene el llamado «tercer mundo», en particular Africa, contra el tipo de mercado libre que prefiere el Occidente. Se hace hincapié en lo que se presenta como el enorme poder que tiene el Occidente para la regulación de los abastecimientos y los precios, con lo que las naciones ricas se van haciendo más ricas mientras que las naciones pobres se van haciendo más pobres.

